

ciones recuerdan a Picasso—especialmente el gigantismo y la deformación lineal del español—, a Vertés, tan elegante en sus estampas parisinas, a Gros.

La línea en este grabador pierde aquella minuciosidad de antaño y se hace extremadamente expresiva por la riqueza ágil de su trazo. Poco sometido a la objetividad formal, su autor nos da en unas estampas ligeras y transparentes toda la sensibilidad de un espíritu muy moderno.

Preferimos de Macías, *Isla Granada, Plymount, Cinco ciudades y Pordiosera*; de Pedro Lobos, las ilustraciones para *Las canciones de Bilitis, Ariel, Mujer pelando duraznos y Segador*.

Un pintor adánico

<https://doi.org/10.29393/At199-10PARA10010>

Cuando ciertos críticos afirman no haber visto nada que se pareciera ni remotamente al arte de Luis Herrera Guevara están muy cerca de la verdad porque la pintura de este extraño artista nace y morirá con él; Herrera Guevara es un pintor sin antecedentes posibles. Su arte nace con una pureza prístina, inédita, sin contactos con la tradición, sin que la experiencia haya influido de manera alguna sobre una sensibilidad ingénita. De esto derivan una serie de virtudes primordiales que caracterizan su pintura. Es fundamental tener en cuenta estas condiciones para llegar a comprender un arte que suele desorientar a quienes se empecinan en mirar las cosas con los ojos habituales.

Y no. Esta pintura, sin conexión con ninguna experiencia anterior, vale por lo que tiene de sintomática, por ser el ideal reflejo de un espíritu no formado en las técnicas plásticas. Pintura de instinto o, mejor, intuitiva, el arte de Luis Guevara es comparable en su más profunda intención al de Henri Rousseau, Vivien y Hicks. Sus visiones infantiles de lo anecdótico—procesiones, piscinas—y sus alusiones a lo cotidiano y actual—congreso eucarístico, paracaidismo—acusen una sensibilidad de lo

primario, sin que entre la intención del artista y el asunto reproducido se interpole ningún elemento que adultere la sinceridad de la imagen.

Los cuadros de Herrera Guevara son—ya lo hemos dicho alguna otra vez—la traducción más fiel de una idea. En sus telas hay una superrealidad, un ir más allá con los ojos del espíritu.

Naturalmente que la carencia absoluta de técnica no permite que la obra de arte esté realizada con la plenitud que fuera de desear. Pero hay aquí un arte cerebral, intelectual, servido por un fervor desmedido por la pintura. Si Herrera Guevara no fuera sincero sus obras tendrían muy poco valor. No es un *snob* ni un mixtificador y su arte vale por lo que tiene de espontáneo y de puro.

A veces encontramos en su obra raros hallazgos de gamas cromáticas en juegos sorprendentes. Su colorido hecho de tonos inhabituales sorprende y atrae. Hay en este artista *adánico* un sentido muy profundo y casi telúrico de las armonías cromáticas que se manifiestan en la naturaleza y que en el hombre suele estar atrofiado desde los lejanos tiempos del Paleolítico.

Herrera Guevara es un inquietante artista que trata de hablarnos un lenguaje muy personal, incomprensible para quienes se obstinan en no oír.

Humorismo

Los ecos postreros de la temporada artística han sido prolongados por la cabalgata alegre de los dibujantes e ilustradores. En nuestra primera sala de exposiciones han colgado también sus obras regocijadas los caricaturistas y los humoristas que ya conocíamos por las publicaciones de prensa.

El humor suele florecer en aquellos pueblos en donde las cosas del espíritu prevalecen sobre las preocupaciones de orden pragmático. El humor está por encima de todas las cosas y, sobre todo, por encima del maniqueísmo más elemental que divi-